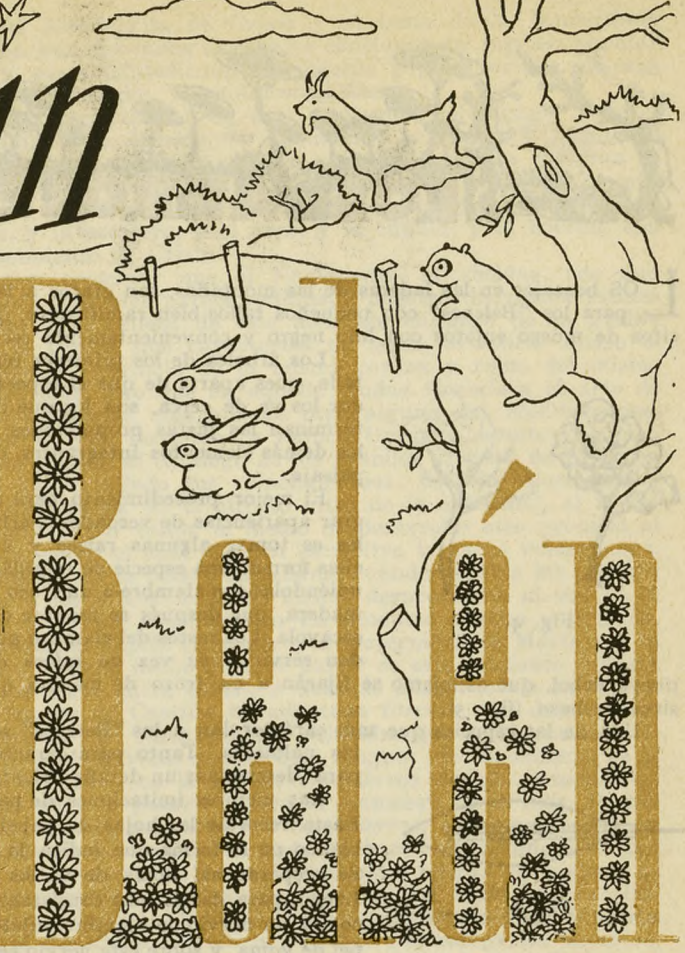
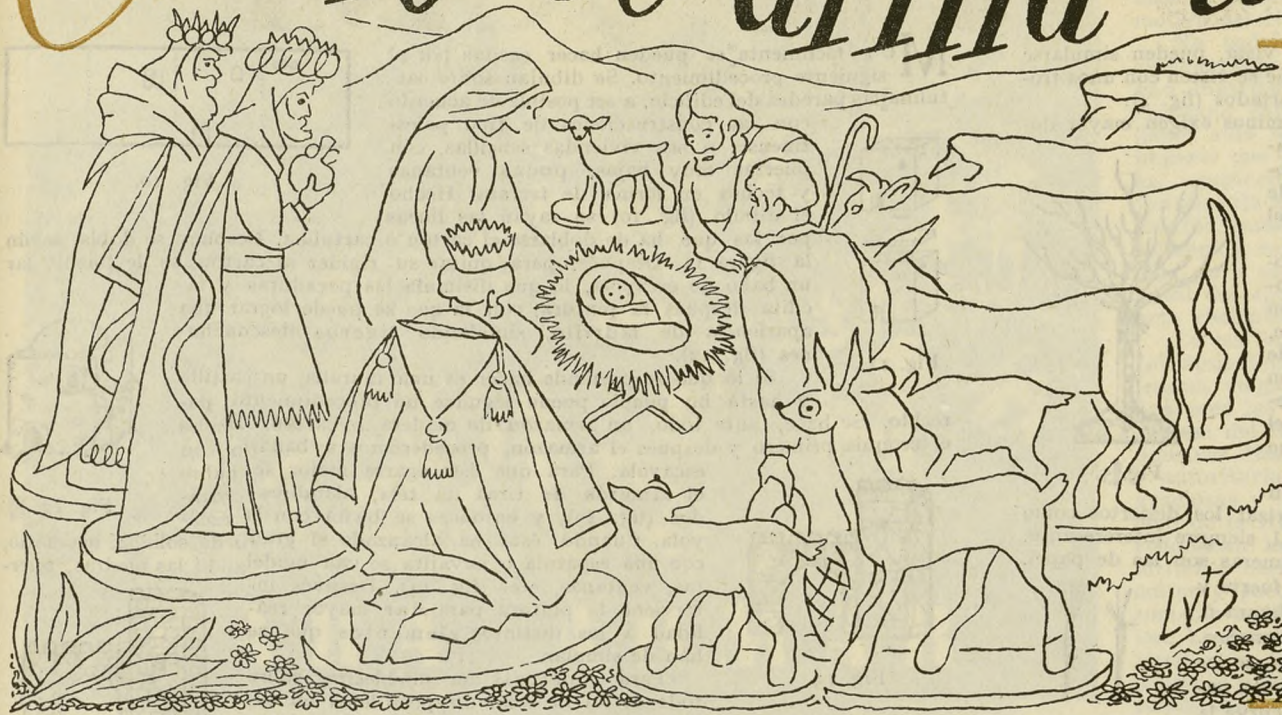


Cómo se arma un



LOS "Belenes" o "Nacimientos", representaciones plásticas un tanto convencionales de la tierra donde se realizó el gran Misterio del auténtico nacimiento de Jesucristo, constituyen una piadosa tradición en todo el mundo católico, a partir del siglo XIII, si bien se adaptaron a los gustos de cada época y a la idiosincrasia de cada país.

Tan piadosa costumbre ha tomado mayor incremento en los últimos tiempos, hasta el punto de que la confección de las partes o elementos para la topografía del "Belén" ha dado lugar a una verdadera artesanía en distintas regiones españolas. En los días navideños España se llena de puestos en que se pueden ad-

quirir figuras de barro cocido, que representan pastores, reyes, campesinos y artesanos de una Palestina pintoresca y elemental.

Pero muchas personas gustan no sólo de poner en su casa el "Belén", sino de construirlo por sus manos a fuerza de ingenio y habilidad. Así pueden ofrecer a los pequeños de la casa, a las familias amigas y los niños vecinos, algo de su absoluta invención. A tal fin, desarsollan durante varias semanas una extraordinaria actividad. Aprovechan todas las horas libres del trabajo y muchas que le roban al sueño para resolver las diversas dificultades que plantea la construcción y montaje de un buen "Belén".

A continuación extractamos, a modo de divulgación, y para

que sirva de ayuda a los constructores de "Belenes", algunas normas generales dedicadas a facilitar su tarea a los aficionados, tomadas del libro "El piadoso arte de los Belenes", publicado en el año 1948 por el presbítero D. Juan Pérez-Cuadrado, presidente de la Asociación Belenista de Guipúzcoa.

Sólo daremos normas para la construcción de las partes más características de la topografía del "Belén", ya que las figuras, tanto de personas como de animales, se encuentran en el mercado, y los demás elementos secundarios no modifican fundamentalmente la estética del "Nacimiento".



UNA vez determinado el tamaño de la mesa o tarima, con las dimensiones que ha de tener el "Belén", lo primero y fundamental es construir sobre ella un paisaje corpóreo. Es decir, lograr la reproducción, en proporciones adecuadas, no exentas, claro está, de cierto convencionalismo, ya que se trata de una fantasía, de los accidentes naturales y topográficos del paisaje palestiniano: montañas, desiertos, valles, caminos, ríos, bosques, y todo cuanto la fantasía del constructor sea capaz de imaginar.

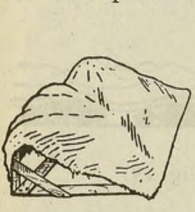


Fig. 2.

Empezaremos, pues, por dar normas para la construcción de montañas, pues, como elemento primordial en la topografía del "Belén", de su graciosa configuración dependerá mucho la armonía del conjunto.

Las montañas, cuanto más en lejanía, menos detalladas deben ser y más suaves de formas, lo cual, con un acertado colorido, contribuyen a simular la profundidad de las distancias. Caso de haber al fondo un telón pintado ha de procurarse hacer imperceptible el enlace de lo pintado con lo corpóreo.

Para la construcción de montañas pueden emplearse diversos materiales: papel engomado, arcilla, arpillera enyesada y hasta cemento. El corcho está muy indicado para los primeros términos. Es de muy buen efecto como marco en la entrada del "Nacimiento".

Para construir los montes de papel engomado es necesario construir un ligero armazón de tablillas. Luego se van pegando con engrudo trozos de papel, hasta modelar las montañas a gusto del artista. Las sinuosidades demasiado rígidas del papel pueden corregirse con yeso o escayola.

Caso de construir las montañas por el procedimiento de la arpillera enyesada, se empieza también por construir una armadura (fig. 1), que luego se reviste con una arpillera o saco impregnado en papilla de yeso (fig. 2). Después sólo falta modelar la montaña, con sus caminitos, desfiladeros, etc. El yeso puede ser sustituido por la escayola, que permite un trabajo más fino y agradable. Un detalle muy importante es el engastado de rocas y piedras al borde de los caminos y de los ríos, antes de que se endurezca el yeso. Tanto las montañas de papel engomado como las de arpillera enyesada, para poder pintarlas se deben mojar antes con una solución de cola de conejo o goma laca.

Para pintar las montañas no recomendamos pinturas de óleo, sino de las que se llaman de cola, utilizando "tierras", por ser el procedimiento más adecuado. El mejor o peor resultado dependerá de que quien pinte posea, por lo menos, ligeras nociones sobre el empleo y mezcla de los colores.

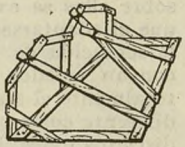


Fig. 1.

TAMBIEN los "Belenes" tienen sus sistemas peculiares de luminotecnia. Uno de los encantos mayores del "Nacimiento" es la luz. Mediante ella es posible conseguir que la parte corpórea del "Belén" adquiera relieve, ambiente y perspectiva, cosas indispensables si el conjunto ha de ofrecernos la sensación de realidad.

Para simular la luna, el procedimiento más sencillo es el de hacer un corte en el celaje, que luego se cubre con un papel traslúcido. Esto también se consigue por otro procedimiento. Al pintar el telón del celaje en un papel blanco, se deja sin pintar un redondel o medio, según que se quiera la luna llena o en cuarto, dibujado previamente. Después de pintado el resto se echan unas gotas de aceite sobre el redondel blanco, de modo que al impregnarse lo haga traslúcido. Una vez montado el celaje e iluminado por detrás, la luna tendrá suave y matizada luz.

Para la iluminación interior de los edificios basta con colocar la casa, que estará sin fondo, sobre una base a su vez hueca y dentro de la cual podemos colocar una lámpara. Esto es para las construcciones muy diminutas, que no permiten colocar una luz en su interior (fig. 3).

Las estrellas pueden conseguirse con el sencillo procedimiento de practicar unos agujeritos en el celaje, y también poniendo al par de éste unos cabellos, para que resulten invisibles, de los cuales se sostienen pequeñas lentejuelas, que oscilando a la menor corriente de aire simulan el parpadeo de los luceros.

Y queda, por último, la simulación de esas hogueras que nunca han de faltar en el "Nacimiento", a las cuales se calientan unos ateridos pastores. Estas pequeñas hogueras se imitan perfectamente haciendo reflejar la luz de una bombilla oculta sobre un montoncito de palos resinosos, es decir, impregnados previamente con resina disuelta en alcohol. De este modo enrojecen al recibir la luz hasta el punto de parecer incandescentes.

Hay otros procedimientos de simular fuego, pero ya son más complicados y no propios para los que desean construir un sencillo "Belén" para sus pequeños en el propio hogar.

Por el procedimiento de iluminación de las hogueras debe procurarse la de la Santa Cueva o Portal, que lo será con una luz viva, pero tamizada con papeles de seda tenuemente azulados. Así, independiente de la iluminación del resto del paisaje, tendrá como un nimbo de luz celeste, contrastando con la de la Naturaleza.

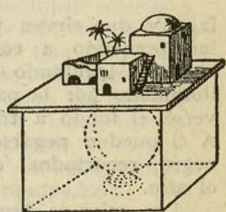


Fig. 3.

LOS ARBOLES

LOS boscajes en las laderas de las montañas, tan gratos a la vista, pueden simularse para los "Belenes" con pequeños tallos bien ramificados, que se visten con unos trocitos de musgo sujetos con hilo negro y convenientemente recortados (fig. 4).



Fig. 4.

nuevo árbol, que asimismo se fijarán a un trozo de madera que sirva de base (fig. 5).



Fig. 5.

Una de las especies que más carácter dan a los "Belenes" son las palmeras. Tanto para caracterizar los desiertos como para determinar un detalle oriental, siempre interesante.

Las mejores imitaciones de palmeras son las de papel. Basta recortar las hojas de papel fuerte y blanco en la forma que indica la figura 6. Se preparan así hojas de varios tamaños. Luego, para darles más consistencia, se les coloca un nervio de alambre sujeto con papel de goma, y sobre este nervio se curva la hoja de papel, se le dan cortes de tijera, como indica la figura 7. Después basta pintar las hojas con óleo verde claro o de dos tonos.

Hechas así las hojas, se procederá a la confección del tronco, a base de un alambre grueso, vendado con tiras de papel, y al que se irán amarrando las hojas, primero las pequeñas, después las mayores y por último unos hilos de lana o pelos de coco, para simular la pelambrea del nacimiento de las hojas (fig. 8).

Los arbolitos espigados que bordean los ríos pueden construirse fácilmente con palitos bien escogidos, en los que se pegan de trecho en trecho pequeños manojitos de musgo (fig. 9).

LOS RIOS Y LOS LAGOS

PARA simular una corriente de agua sin los inconvenientes de utilizarla de verdad en los "Belenes", se forma un lecho de río con arena o escayola, cuidando de simular las irregularidades del cauce con sus diversas profundidades y el suave declive de las orillas. También se han de poner guijas de diversos tamaños, todo ello convenientemente pintado a base de diversos tonos. Luego, a conveniente altura y sostenido por unos taruguitos que se ocultan en la arena y la tierra de las orillas, colocaremos un vidrio cubierto con una ligera capa de barniz copal, que al estar paralelo al fondo simulará perfectamente la superficie de una masa de agua. Por último, alrededor de las piedras que bordean el río, éstas deben dar la sensación de emerger del agua; se pintan unas ligeras ondas con pintura blanca que simulen espuma, y el efecto será perfecto (fig. 17).

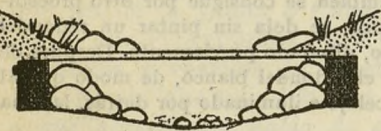


Fig. 17.

Las nieblas o brumas que han de dar la sensación de estar flotando sobre el agua del mar o de algún lago y que sirven para entonar el paisaje, se simulan poniendo a conveniente distancia un tul verde azulado, cuidando de ponerlo muy tirante y bien iluminado por la parte posterior, de modo que pueda verse el fondo a través de sus imperceptibles mallas. A él pueden pegarse unos pajaritos, hechos de papel negro, recortados, que darán la impresión de cruzar el aire.

Los mismos procedimientos pueden seguirse para conseguir la simulación de lagos, remansos y hasta del mar, aunque este último no es muy adecuado, tratándose de "Belenes" que aspiren a un mínimo convencionalismo.

Hay quien, con laminillas de ácido bórico, consigue simular los charcos helados y también la humedad de las rocas, precursora de los manantiales, distribuyendo el mencionado barniz en forma de goterones. Una estrecha tira retorcida de papel celofán servirá para simular el cristalino chorro de las fuentes. El empleo del agua natural no es aconsejable, porque, además de ser muy difícil conseguir verdaderos efectos artísticos, requiere innumerables precauciones, pues, por mucha que se ponga, nunca da sensación de caudal.

LAS CASAS Y LOS CASTILLOS

MUY fácilmente se pueden hacer casitas por el siguiente procedimiento. Se dibujan sobre cartulina las paredes del edificio, a ser posible de acuerdo con las construcciones de tipo palestino, o sea viviendas sencillas, con puertas muy bajas, pocas ventanas y techos en forma de terraza. Hecho el dibujo (fig. 10) se rayan las líneas por las que ha de doblarse el cartón o cartulina. Después se dobla según la figura 11. Después, para quitar su rigidez al cartón, se le puede dar un baño de escayola, lo que disimula las pegaduras y facilita después la pintura, con la que se puede lograr una apariencia de ladrillo, simulando ligeros desconchones (fig. 12).

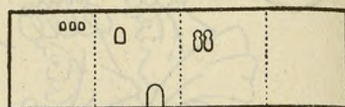


Fig. 10.

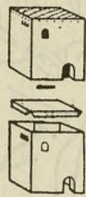


Fig. 11.

Si lo que se pretende hacer es una muralla, un castillo y hasta un pueblo puede seguirse un procedimiento parecido. Se hace, ante todo, un armazón de madera o cartón. Hecho el croquis primero y después el armazón, procederemos a bañarlo con escayola. Para que ésta agarre mejor se cubre el armazón de tiras de tela, alambres cruzados (fig. 13), y entonces se baña con la escayola. Cuando ésta ha alcanzado el grado de solidez necesario, con una espátula o navajita se van modelando las piedras, puertas, ventanas, etc. (fig. 14). Después interviene la pintura para dar mayor realidad a los distintos elementos que se han de simular.



Fig. 12.

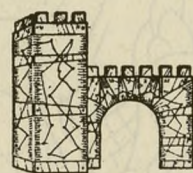


Fig. 13.

Para construir un pueblecito, sobre todo si ha de estar un poco lejos en los segundos o terceros términos, podemos emplear el siguiente procedimiento: Hagamos antes un dibujo del conjunto lo más detallado posible (fig. 15). Luego estudiemos su descomposición en diversos planos para ser colocados unos tras otros (fig. 16). Hechas las debidas correcciones, se reproducen las diversas piezas en cartón y se recubren con una capa de escayola. Luego se pintan, colocándolas paralelamente a distancia de algunos milímetros entre sí sostenidas por unos listoncitos de madera que las mantengan en equilibrio, como se indica en la figura 16.

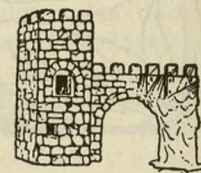


Fig. 14.

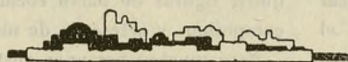


Fig. 15.



Fig. 16.

EL DESIERTO

TAMBIEN vamos a indicar la manera de construir o simular un desierto. No hay desiertos en Palestina y, por tanto, resulta impropio en un "Belén" que se considere bíblico, pero puede tolerarse como parte muy característica del paisaje oriental.

Sobre una superficie lisa se disponen, no muy distantes unos de otros, algunos objetos salientes, pero sin aristas vivas, tales como piedras redondas de diferentes tamaños, conglomerados de papel, taruguitos de madera (fig. 18), y sobre ellos se extiende una capa de algodón hidrófilo, que al adaptarse a las desigualdades de la superficie dará la sensación de un terreno lleno de montículos. Luego, con un colador, se espolvorea arena fina hasta cubrir totalmente el algodón. Para destacar los montículos con diferente color pueden emplearse tierras pulverizadas de distintos tonos. Pequeños grupos de palmeras recortadas con habilidad y algunos grupos de rocas en los primeros términos y el celaje logrado con una acertada iluminación, completarán la maravilla del efecto.

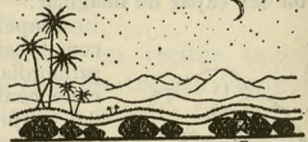


Fig. 18.

LA SANTA GRUTA

Uno de los elementos que más contribuye al encanto de un "Nacimiento" bien construido es la luz. Mediante ella se logra que la parte principal del "Belén", o sea la Santa Gruta, adquiera relieve en el conjunto y dé sensación de realidad. Ya sea que el "Nacimiento" se simule de día o se quiera lograr un efecto nocturno, conviene que el primer término aparezca envuelto en una suave penumbra, rota tan sólo por la luz de la gruta o el portal donde se representa la sublime escena. Así, esta parte esencial del "Belén" cobrará la debida importancia visual, mereciendo, en primer lugar, la atención del espectador. La Santa Gruta ha de ser el punto hacia donde se dirijan las figuras y debe ocupar un lugar destacado en el conjunto. Sea cueva o portal, puede hacerse de corcho, papel engomado, yeso u otra materia, siguiendo alguno de los procedimientos ya descritos.

Para que el lejano horizonte del desierto, formado de una sucesión de dunas de arena, simuladas como dejamos dicho, tenga toda la poesía evocadora del auténtico desierto, es muy importante construir detrás un celaje apropiado que proyecte sobre el simulado arenal una pálida luz de luna.

Este paisaje de desierto debe terminar al pie de altas montañas que aparecen pintadas en un telón de fondo. Se tendrá muy en cuenta el color con que han de pintarse estas montañas. Primero, tonos claros: gris, por ejemplo, la parte alta, y a medida que van descendiendo, tonos más oscuros, matizados con verdes de diversos tonos. En el momento de aplicar los colores, suelen tener éstos un tono muy fuerte; pero debe tenerse en cuenta que al secarse baja notablemente, y es en este momento cuando han de hacerse los retoques, reforzando o atenuando los tonos.

Un procedimiento muy práctico para asegurarse de que el tono logrado resultará definitivo, consiste en dar un brochazo sobre un ladrillo bien seco, ya que, desaparecida el agua, quedará a los pocos segundos la tonalidad definitiva.

ARTICULO



PARA ARMAR



UN BELEN



por VICTOR DE LA SERNA

EL tema del Nacimiento de Cristo y el tema de la Inmaculada Concepción han sido unos excitantes continuos del ingenio popular español y, consecuentemente, del ingenio popular criollo, de una manera especial en los dos Virreinos clásicos.

Todas las Artes participan en esta excitación del ingenio y de la piedad: la Pintura, la Música, la Escultura, la Poesía y hasta, en cierto modo, la reina de las Artes: la Arquitectura, ya que con el «Castillo de Herodes» (que jamás tuvo castillo) todos hemos hecho más o menos nuestras primeras armas de constructores. ¿Quién no ha inventado el puente, y la escalera, y el arco, y la cúpula, y la bóveda, con motivo del Nacimiento de Cristo?

No podríamos asegurar que el Nacimiento, el «belén», sea una creación española. Más bien parece italiana, y nuestros hermanos latinos han contribuido a la belleza de este adorable hallazgo de la piedad cristiana con la gracia que caracteriza su genio artístico. Acaso el haber sido Nápoles provincia de la misma corona y reino del mismo imperio que nosotros, hizo que en aquella ciudad floreciera el arte de los imagineros belenistas más que en otra alguna del Mediterráneo, juntamente con Murcia, Barcelona y Palma. Un gran escultor español, Salzillo, hubiera pasado al catálogo de los grandes artistas de su época solamente con haber tallado sus «Nacimientos». Existen—pues—en el más puro espacio latino, en el círculo vital de la latinidad, el medio natal del «belén» y, por tanto, el medio de desarrollo más propicio al arte «belenista», sobre el cual podrían escribirse tratados voluminosos.

En los baluceos de la poesía castellana, cuando todavía los clérigos (el equivalente a los intelectuales de ahora) despreciaban el uso de la lengua vulgar, a la que consideraban un producto rústico e iletrado, aparecen las primeras coplas en elogio a la maternidad de María y a la Belleza del Hijo de Dios hecho niño. A partir de este momento y hasta nuestros días, es decir, entre Berceo y Gerardo Diego, jamás la áspera y autoritaria lengua de Castilla ha adoptado formas más dulces, más graciosas y tiernas, más susurrantes y delicadas que en la poesía pas-cual de la Natividad. A veces parece otra lengua: de tal manera se le redondean las aristas y se le mellan los fierros de sus consonantes brutales, hechas para la guerra y para la maniobra en la mar. Poetas cultos y poetas rurales, académicos o analfabetos, se humanizan y se someten a mandamiento cuando se trata de hacer un villancico o una loa. Y esto de tal manera, que hasta la dulcísima lengua portuguesa se rinde a su agreste vecina y los poetas lusitanos del Siglo de Oro—Camões el primero—adoptan a menudo la lengua castellana para su poesía pastoril, entre la que florece el villancico como una margarita silvestre.

En torno al tema del Nacimiento, y desde hace más de mil años, se viene creando toda una cultura, que pudiéramos llamar la cultura belenista, riquísima en matices y de una gracia y de una viveza propia de espíritus muy evolucionados y cultivados. Esa cultura es principalmente de raíz latina. Las razas nórdicas, más lentas, más pesadas y mucho más atrasadas que la nuestra en cuanto a su capacidad de percepción de las exquisiteces del espíritu, penetran con su habitual lentitud en las bellezas del «belenismo», pero cuando las encuentran prorrumpen en gritos de júbilo, como quien hace un descubrimiento.

Existen Asociaciones de belenistas, verdaderas academias donde se estudian las versiones del «belenismo» en todas las ramas del arte y donde se fomenta con premios y concursos la erección de «Nacimientos».

Pues bien: todo ese tesoro de cultura y de mayoría de edad histórica es despreciado con un aire de estulticia y de petulancia por el snobismo de ciertas clases que prefieren «parecer» anglosajonas a «ser» del linaje de Dante, de Cervantes, de Marconi y de Cajal. Y creen que «viste» mucho llevar a casa un pino picado (a veces muy difícil de hallar en tierras donde el pino mediterráneo de copa redonda reina como monarca de los cerros rosados) para ponerle a los chaveas more-nuchos y ágiles, como buenos hijos de tierras varoniles, un «árbol de Noel», al que las criadas llaman indefectiblemente «árbol de Noé», porque es natural que así sea: una indita o una mesticia de América o una moza manchega o asturiana, ¿qué diablos sabe quién era Noel? La señora de la casa, inconforme con su González o su García, con su hermoso pelo negro y ondulado y con su tez de azucena (cosas todas que envidia en el fondo la sajona de la casa de al lado) ha estimado, sin embargo, que es muy distinguido (en Méjico emplean la graciosa palabra «popof») olvidarse del noble origen hispánico del linaje para simular afición a costumbres que empiezan por no saber cómo se ejercen. Y del mismo modo que la impagable jícara de chocolate ha sido sustituida por el té, el Nacimiento, el «belén» producto de una viejísima cultura maestra del mundo, amenaza ser sustituido por el «árbol de Noel». Por el camino de la cursilería y aprovechándola como arma, el protestantismo penetra, ya que no en la fe maciza de nuestros pueblos, sí en las costumbres de nuestros hogares, precedido del árbol de Noel, para ver si de este modo nos olvidamos de festejar en los días pascuales el Gran Acontecimiento de nuestra Redención.

Fuerzas semejantes, más o menos oscuras y secretas, pero terriblemente actuantes contra el espíritu latino, al que aborrecen por su superioridad mental y por su agilidad, su gracia, su belleza y su altivez, son las que empujan a los buenos burgueses, pazguatos de dos hemisferios a recibir al año nuevo no cantando frente al Nacimiento, por cuyas cumbres de cartón nevado con ácido bórico asoman ya los tres Reyes Magos, sino dando saltitos ridículos de mono bien vestido desglutiendo unas uvas insípidas como los pavos degluten nueces y con un gorrito de papel de flecos que simula a la perfección las plumas del trasabuelo indito o del celta brujo. Porque nada hay que más haga reír ni frotarse las manos tanto al judiázo de la esquina como ver a los «gentiles» entregados a cualquier clase de expresión de inferioridad o de brutismo. Ni nada que más haga aguantar la risa a un anglosajón que ver a un morenito de cualquier latitud haciendo el «lord». Exactamente como nos hace reír a nosotros la gringa bailando el jarabe o la solterona inglesa ataviada con mantilla de madroños.

Constituye un fenómeno de estolidez realmente agobiante por su magnitud ver a un mundo dueño de una tradición bellísima que envidia el resto de la humanidad arrojar esa tradición por la ventana en obsequio del vecino poderoso que ha podido comprarlo todo con su dinero. Todo..., menos un villancico.

El día en que una pieza de seda natural tejida por artesanos del lago de Como, sea relegado por nosotros para dar paso a la vistosa y vanal pieza de nylon; el día que una pieza de porcelana sea relegada para colocar en su lugar una pieza de plexiglass, ese día empezarán los anglosajones a encontrar que es bello un topolino y que un «belén» es mucho más noble que el árbol de Noel y que es mucho más hermoso recibir al año alabando a Dios que dando saltos con un gorro de plumas. Y entonces, ¿qué van a hacer nuestros cursis? ¿Dar marcha atrás para recuperar como propio lo que entonces se les ofrecerá otra vez como ajeno? Triste para los hombres de nuestro linaje el día en que tengan que hacer un esfuerzo para parecerse a sí mismos...